

VIII.

Alfredo de Musset enamorado de Esther.

Había dicho á Gantua:

—Debía V. desembarazarme de aquel Príncipe, de aquel individuo que dijo: «¿Quién es ese animal?» cuando V. entró.

—¿Le fastidia á V.?

—Por completo; no habla más que para decir necedades, y está metido constantemente en mi cuarto, de tal manera, que temo siempre que le arrojen por la ventana confundido con las flores.

—Pues bien; yo libraré á V. de ese importuno.

—Difícil es, porque, hasta aquí, tantas veces como le he despedido, otras tantas ha vuelto.

Á la siguiente representación se presentó Gantua en el cuarto, en el momento en que el Príncipe declamaba uno de sus más entusiastas períodos.

—¿Cómo, caballero (le dijo el pintor), dice V.

:

que la señorita Esther ha representado bien? ¿Lo cree V. así?

Detestable adulator, presente el más funesto....

—¿Acaso no es V. de mi misma opinión?

—Ciertamente que no, pues yo no tengo nunca más opinión que la mía. Amigo, desde hace mucho tiempo, de la señorita Esther, no la conduzco al abismo por un camino sembrado de adulaciones.

Y continuó, volviéndose hacia Esther :

—¿No es verdad que ha representado V. muy mal esta noche?

—Tiene V. razón, amigo mío.

El Príncipe apeló á la opinión de los circunstantes.

—¿No les parece á Vds que ha representado mejor que nunca?

—Ha sido llamada á la escena.

—¡Borregos de Panurgo!—exclamó Gantua. Hacía tanto tiempo que no oía Esther decir que representaba mal, que aquello le divertía.

—¡Estos teatros, son casas de locos!—continuó Gantua.

—V., caballero, es el que parece que viene de Charenton, cuando dice esas cosas.

—Y V. viene de Bicêtre, caballero.

El aludido alzó su guante á la altura de su adversario.

—Guarde V. su guante, pues le permito que se vaya con ellos puestos; porque, si no me dice V. ahora mismo que la señorita ha estado detestable, le envío á V. al otro mundo.

—Apelo á ella misma.

Pero Esther, con soberano acento, declaró que Gantua tenía razón.

El entusiasta admirador perdió la cabeza; dijo que iba en busca de testigos; giró sobre sus talones, y desapareció para no volver más.

—Perfectamente, dijo Esther á Gantua.

¿Por qué Gantua no desembarazó también á Esther de M. Matador? Porque, desgraciadamente para ella, era uno de sus más obstinados adoradores, aquel sencillo hidalgo, aquel espiritual caballero de Pourceaugnac, de moda en París, dedicado á crear una fortuna rápida á las mujeres.

Esther le confió una vez su ideal del momento, que era regalar á su madre una casa de recreo en Meudon ó en Montmorency.

M. Matador fué una mañana á buscarla en su *landeau* para conducirla á Enghien. En el camino almorzó con ella; después de almorzar, estuvieron viendo la deseada posesión. Pidieron cincuenta mil francos. M. Matador pensó que por eso no era ni más rico ni más pobre, y pagó los cincuenta mil francos.

Esther estaba tan contenta, que quiso comer también con aquel hombre extraordinario. Vol-

vieron por la noche; pero aunque Lili había sido de la partida, al día siguiente corrió el rumor de que M. Matador era el amante de Esther, lo cual puso casi de luto á todo París: aquella fué una sorpresa desagradable.

¿Por qué no había elegido á un poeta como Alfredo de Musset, ó un Príncipe como el príncipe Ciercara? La verdad es que, si no había elegido á los unos, tampoco había elegido á M. Matador.

Pero cuando la calumnia se arroja sobre la verdad, siempre la mancha con sus negras alas. Esther hubiera querido protestar. Mas ¿quién hubiera creído en París en la existencia de un hombre bastante generoso para regalar á una mujer una casa de recreo sin tener en ella un lecho?

Nuevas lágrimas para la Comedianta. No llevaba ya en el dedo el puro diamante del honor de que estaba tan orgullosa. Le era preciso llevar en su frente el rubí de la bella Ferronnier.

Se veía engañada en su amor y calumniada en su virtud: ¡dos desesperaciones! Cayó en la más profunda pena; maldijo su estrella, y sintió no ser cristiana para poder encerrarse en un convento. Entonces fué cuando, para salvarse de aquel naufragio, se acogió á la primera rama que encontró!

Esta rama era Alfredo de Musset. Un poeta en un caballero, ó un caballero en un poeta.

Habían cenado juntos, y él deseaba volver á cenar con ella; con este motivo le escribía lo siguiente:

«Sí, le espero á cenar; tiene V. razón, mi querido poeta, porque tengo hambre de la poesía de V.; pero le advierto que mis cenas cuestan caras. Me tendrá V. que firmar, al concluir aquella, un vale de una comedia y otro de una tragedia. Pero tranquilícese V.: no partiremos los derechos de autor, mas tampoco me comprometo á no enviarle dos cartas-órdenes.»

»Saluda á V.

»ESTHER.»

Alfredo de Musset, encantado, le respondió en seguida:

«Señorita, digo, mi reina: esta noche tendré el placer de acompañarla á la mesa, y entre los postres y el café firmaré todo lo que V. guste, aunque sea una obra maestra, pues ese es mi oficio. Sin embargo, me sería mucho más agradable firmar que la amo.»

»ALFREDO DE MUSSET.»

El poeta estaba tan contento, que juró por los dioses no volver á casa de la princesa Belgiojoso, diciendo : «Esa no es más que una mujer instruída, como Lelia, relatora de historias y novelas. Esther será el amor.»

El día de la cita se fué por la noche al café de la Regencia, para jugar una partida de ajedrez. La cena era á las doce; pero se le olvidó de tal manera, que se le pasó el tiempo entre el juego y el ajenjo. Sin embargo, á las doce y media, cuando los jugadores se levantaron, tuvo un vago recuerdo de la invitación; los vapores de su cabeza se disiparon un poco, y vió aparecer la radiante figura de Esther.

—¡Esther! (dijo); ¡Esther me espera!

Y mandó imperiosamente que le buscaran un coche.

Aunque llevaba la cabeza erguida, fué preciso ayudarle á subir al carruaje.

Pero cuando llegó al muelle Voltaire, era ya dueño de sí mismo. Subió la escalera sin tropezar, y llamó con fuerza, como hombre que sabe que le aguardan.

—No esperaba á V. ya,—le dijo la joven, tendida sobre un canapé delante de la chimenea de un pequeño salón.

—No fué la culpa mía, sino del ajedrez, mi querida amiga.

—Pues tenga V. cuidado, mi querido poeta,

porque el ajedrez proporcionará á V. jaquemate.

—No se puede V. figurar cómo se apasiona uno por esas figuras de madera. ¿Qué quiere V.? Esta vida se pasa en librar continuas batallas.

—Y en perderlas,—añadió Esther.

Otra ilusión más desvanecida.

Se le había puesto en la cabeza que aquel gran poeta, como las náyades antiguas, había de derramar sin cesar torrentes de poesía. Había medido el talento de Musset por el suyo. Ser su única pasión, valía más que ser la mujer de un Príncipe. Si Napoleón hubiera hecho príncipe á Corneille, Corneille le hubiera dicho que no.

Pero los poetas, aunque también son príncipes, son al mismo tiempo hombres; Dios no ha querido que lleguen á dioses; si les concede hermosas pasiones, les condena también á las malas. Quiere recordarles sin cesar que los formó de barro.

Alfredo de Musset se arrodilló delante de la Comedianta; es una manera como otra cualquiera de hacer el amor á las mujeres.

Pero ¡ay! aquel enamorado, que era para Esther un poético ensueño, así como M. de Ravigny era una romántica ilusión, envolvió su declaración galante en ligeros vapores de cerveza y ajenjo.

¡Oh poeíta!: he aquí una de tus hazañas. ¡Sí! aquel hombre, nacido y educado en la adoración de una madre y una hermana; aquel fénix entre los fénix, había llegado hasta ese punto porque no le había amado una mujer. Sí, la sed del amor le había conducido á la sed que da el olvido. Lelia no le amaba; aquella Lelia que interpretó tantos caracteres imaginarios, no consiguió, sin embargo, conocer á un solo hombre, y á Alfredo de Musset menos que á nadie. Además, si no le amaba, no era culpa suya. ¡Le concedió la ternura de una madre, cuando él, lo mismo que Byron, deseaba el amor de una baccante! Byron entró por mucho en las caídas de aquel genio adorable, pues imitó de él, más que al poeta, al hombre. Ha consumido su vida con el desdén amargo del D. Juan.

Aquella noche, impaciente con las maneras de Alfredo de Musset, se sentó Esther bien triste á la mesa. Recurrió á mil medios para conocer á aquel misterioso personaje, que no decía nunca ni sí, ni no. Si él mismo no se conocía, difícilmente podía decir *Ecce homo*. Además, Alfredo de Musset era de esos espíritus superiores que dicen como Schopenhauer: «¿Me pregunta V. quién soy? Pues le agradecería á V. que me lo dijera.»

Durante la cena volvió á ser dueño de sí; tuvo su cuarto de hora feliz; pero era demasiado

tarde. Cuando se disipa una ilusión, no vuelve más.

—¡Hasta mañana!—le dijo ella.

—Mañana es hoy,—respondió él.

Pero hoy fué siempre mañana. Volvió á ser tan simpático, tan encantador como otras veces; pero temía siempre que antes de ir á verla pasara por el café de la Regencia.

—¡Ay! (murmuró Esther): el ideal no vale más que la realidad. M. Matador no tiene más que oro, lo cual me desconsuela. Alfredo de Musset sólo tiene buenos propósitos, lo cual no me consuela mucho más.

Entonces recordó la canción que cantaba en aquellos tiempos en que no tenía ni sinsabores ni ilusiones.